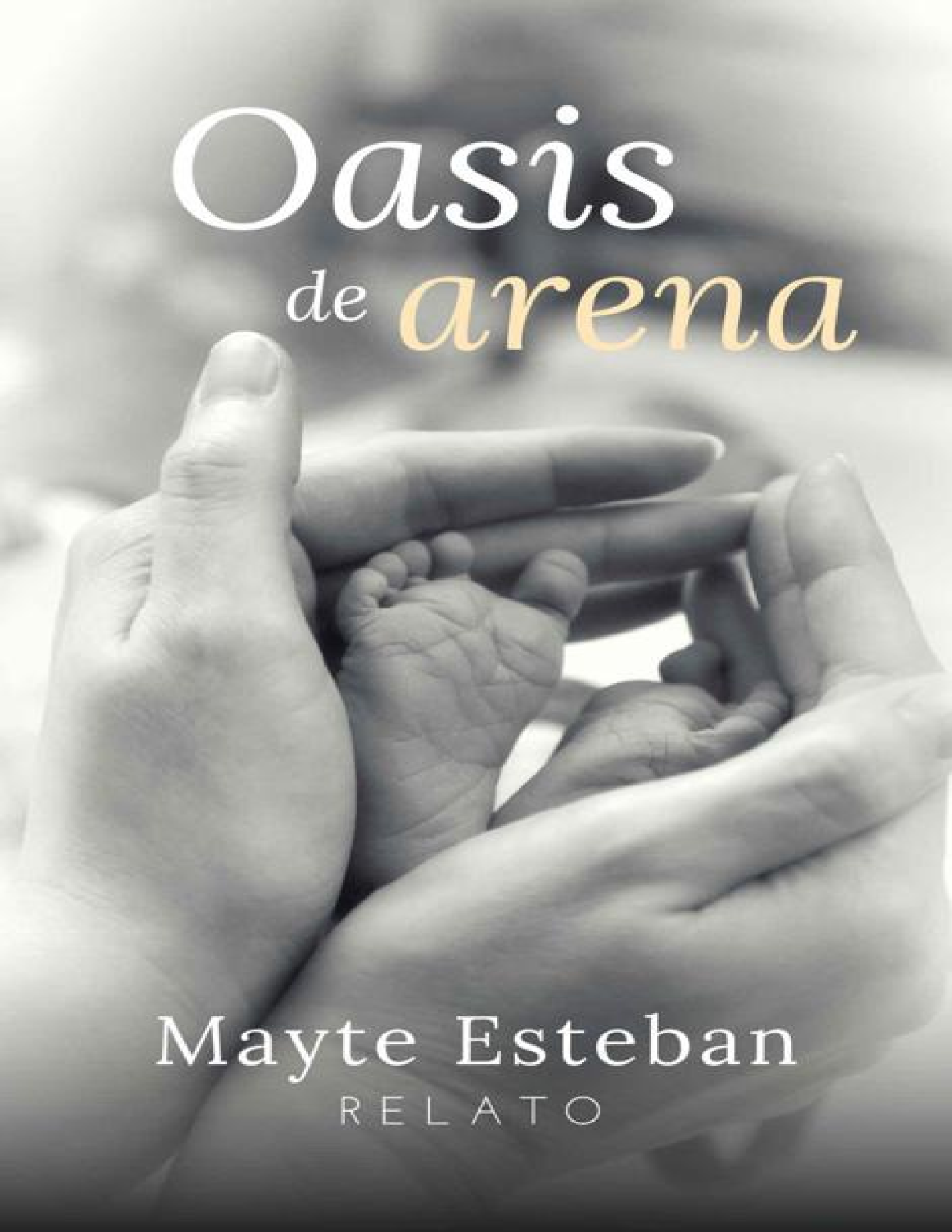




Oasis de *arena*

Mayte Esteban
RELATO

OASIS DE ARENA
Mayte Esteban

Diciembre, 2018

Oasis de arena

© Mayte Esteban

Diseño Gráfico: Estudios Álamo.

Amazon EU S.a.r.l.

Blog: elespejodelaentrada.blogspot.com

Facebook: [@mayte.esteban.7](https://www.facebook.com/mayte.esteban.7)

Twitter: [@MayteEstebn](https://twitter.com/MayteEstebn)

Instagram: [@MayteEstebn](https://www.instagram.com/MayteEstebn)

Email: mayte-esteban@hotmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Para ti, lector.

Cuando vas a ser madre te preparas para muchas cosas. Para que cambie tu vida por ese pequeño ser que se gesta dentro de ti. Para sacarlo adelante y enseñarle a vivir. Para acompañarlo en las alegrías y recoger en tus brazos sus tristezas. Para cuidar de sus alas y que un día aprenda a volar solo.

Este relato nació como un regalo de Navidad para mis amigos, pero hoy, una década después de llegar a la literatura, quiero compartirlo con quien se anime a acercarse a él.

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[BRIANDA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

Intuyo que lo que siento es muy parecido a estar enamorada. Mi corazón se alborota cuando, mirando al cielo, él suelta sus carcajadas incitadoras, esas que empujan mis labios y hacen que se curven en una sonrisa. El tiempo, mientras lo miro, pierde la dimensión cotidiana y se comprime. Tanto que muchos días maldigo los minutos que vuelan sin que apenas me dé cuenta.

Qué distinto al resto de las horas, lentas en su transcurrir, vacías de esta felicidad inmensa que siento al mirarlo.

Esta tarde observo desde mi banco, embobada, sus pasos por el parque. Cada vez se mueve más seguro, y eso que camina solo desde hace poco más de un mes. Sus piernas aún no están fuertes para sostenerlo y es raro que no se caiga varias veces, pero enseguida se levanta y no lo he escuchado quejarse ni una vez, ni perder la sonrisa traviesa que siempre adorna su rostro. Todavía no ha crecido lo suficiente como para haber perdido el instinto, ese que nos enseña que a caerse siempre debe seguir levantarse y continuar. Lo sabe por lo chiquito que es, porque aún no ha tenido tiempo de que este mundo lo confunda con sus estúpidas reglas de comportamiento.

Mi niño tiene quince meses.

Tiene el pelo castaño con unas graciosas ondas que le caen por encima de sus diminutas orejas. En lugar de nariz parece que le hubieran cosido un gracioso botón bajo esos dos enormes ojos negros de largas pestañas. Sus manos regordetas se mantienen siempre ocupadas. Cuando no es con la pala roja, con la que traslada de un lado a otro la arena del parque, lleva muñecos pequeñitos, que me dan terror porque pienso que acabará con uno en la boca, atragantándose. No le quito ojo de encima las tardes que alguno se cuelga en sus bolsillos y le acompaña hasta este lugar de juegos. Por ahora no se le ha ocurrido metérselos en la boca, pero quién sabe. Los niños pequeños necesitan experimentar y él es curioso y despierto.

Cada tarde traigo un libro que tomo prestado de la biblioteca. Finjo que leo con interés, pero apenas me muevo de la página donde por las noches, en casa, dejo el punto de lectura. Los libros me apasionan, hasta hace muy poco creo que eran lo único que conseguía atraer mi atención, pero ni siquiera los de aventuras o las novelas policiacas llenas de misterio son tan emocionantes como observar cada progreso de mi niño. Podría parecer que sus gestos se repiten, pero no es así. Día a día crece un poco más o aprende palabras nuevas, y sería un auténtico desperdicio perdermelo por estar enfrascada en algo que puede esperar.

Él no.

Él está descubriendo el mundo y haciendo que yo lo redescubra a través de sus ojos. Ninguna

palabra escrita es tan bonita como ha sido escucharlo intentando decir tortuga. Tutuya, Tutuya... iba gritando, pala en mano, cuando ha venido hacia a mí y me ha puesto la tortuga de plástico rebozada en arena en las manos. Algunos granitos se han colado entre las páginas del libro y a mí, que soy tan maniática con cuidarlos, me ha parecido polvo de hadas.

—Es preciosa tu tortuga —le he dicho muy seria—. ¿Cómo se llama?

Me ha mirado a los ojos, tomándose un tiempo para darme una respuesta con su lengua de trapo que aún no sabe moverse bien por la boca. Seguro que ni siquiera había pensado que a las tortugas de plástico se les puede poner un nombre.

—Tutuya. —Y a la palabra ha seguido una sonrisa que ha fulminado todas las sombras que a menudo me acompañan.

—¿Se llama Tutuya? Encantada de conocerla, señora Tutuya. Mucho gusto.

Se lo he dicho a la pequeña tortuga, mirándola a los ojos, como si pudiera entenderme y fuera una presentación formal en toda regla. Casi esperando a que la señora Tutuya me contestase con la misma seriedad. Después de unos segundos he puesto la tortuga en la mano de mi niño, le he sonreído y se ha marchado de nuevo a la arena, donde ha hecho un pequeño agujero con la pala y ha enterrado a la señora Tutuya.

El resto de la tarde lo ha pasado en el arenero, hasta que su padre le ha sacudido los restos de tierra, le ha dado un sonoro beso en la mejilla y se lo ha llevado cargado al hombro, dejando a su paso una cascada de risas. Me he quedado allí hasta que han girado en la esquina, hasta que ya no quedaba un solo segundo que exprimirle a este momento.

Entonces, como si toda la felicidad los hubiera seguido como una brillante estela a ellos, me he levantado yo. Cansada. Triste. Pensando que queda casi un día entero para volverlo a ver.

Mi niño no es mi niño.

Es solo un niño sin madre.

Y yo soy una madre sin niño.

Han empezado las vacaciones de verano y con ellas el miedo ha venido a sentarse a mi lado en el parque. Cada día llego al banco más temprano, incluso sabiendo que ellos tardarán aún en aparecer. Y cada día sufro, pensando en que es posible que decidan no venir. La gente se va de vacaciones, sale de la ciudad en cuanto el calor se adueña del asfalto y los días se vuelven insostenibles. O incluso es posible que cambien de horario, o de parque y yo me quede sin este tiempo de paz que me da ver a este niño que es ahora como sería el mío.

Intento empaparme de los detalles que me rodean, distraer al tiempo para que no me aplaste, pero es verdad que solo lo consigo cuando él está cerca. Ya no pienso en si la vida es justa o no, eso fue un debate que me arrasó durante los primeros meses. Ya no me empeño en rebelarme, en buscar culpables y respuestas, sino que he bajado los brazos; dejo que los sentimientos me aplasten y vivo sepultada bajo ellos.

Ya no intento entender por qué sucedió.

Mi hijo, ese niño que se gestó en mis entrañas, no vivió. Ni siquiera un instante para saber qué se siente cuando el aire inunda tus pulmones. No lloró ni me quedó el recuerdo de su voz recién estrenada. No abrió los ojos para que pudiera ver de qué color eran. No pudo sentir mi calor, el de una madre que lo esperaba con el alma llena de un amor que ha estado meses perdido. La rabia, la angustia, la impotencia, el dolor... El profundo y violento dolor que me rasga por dentro, también rompió ese otro amor del que surgió mi hijo. No pudimos salvarnos de la tristeza y la casa se fue vaciando, dejando que el silencio se hiciera el dueño de todos los rincones poco a poco. Desaparecieron los colores, el mundo a mi alrededor se vistió de gris y negro, y ni siquiera era capaz de soportar el sonido de la música.

Solo, pasado un tiempo, dejé que me acompañasen los libros.

Cuando conseguía adentrarme en la historia que me contaban, la tristeza se hacía a un lado, permitiéndome una tregua. Ir a buscarlos a la biblioteca, recorrer las estanterías leyendo sinopsis, lograba distraer al dolor. Llevarlos bajo el brazo y sentarme en el parque a leer se convirtieron en pequeños gestos con los que fui dando pasos adelante. Cada libro leído, cada historia, decoraba durante un tiempo mis pensamientos. Me impedían recrear lo no vivido, proyectar en mi mente una película que jamás se había estrenado, pero que visionaba como si en algún momento hubiera sido real. Sentía con ellos que, poco a poco, me acercaba a la orilla, después de haber estado a la deriva en medio del océano.

De verdad pensé que estaba a punto de recuperarme cuando escuché su risa por primera vez, hace ya medio año.

—Tiene nueve meses —le dijo su padre a la madre de otro bebé.

—Se ve que es muy despierto y muy guapo —dijo ella, agachándose para aproximarse a la silla y hacerle una carantoña.

—Empieza a decir algunas palabras y siempre sonrío —dijo él, orgulloso de su pequeño.

—Debéis estar felices, es precioso.

El comentario de cortesía de aquella desconocida, a la que no he vuelto a ver, trajo la respuesta del padre, que me devolvió al mar.

—Sí, lo estoy, pero en singular. No tiene madre.

Si el corazón pudiera salirse del pecho, si eso no fuera más que una manida expresión médicamente imposible, estoy segura de que en ese momento a mí me habría pasado. Mis latidos se acentuaron tanto que tuve que obligarme a inspirar varias veces para no perder el sentido. Incluso hube de sentarme en el banco que tenía más cerca, agarrándome con tanta fuerza al asiento que los dedos se pusieron blancos.

¿Por qué?

¿Por qué ese niño tendría que crecer sin el amor de su madre y yo, que había ido guardándolo toneladas para el mío, tenía que aprender a deshacerme de él?

¿Porque yo no tenía un niño al que dárselo y sí tantos sentimientos que me estaban haciendo mucho mal y él tendría que crecer con ese vacío?

Eran mis preguntas, esas que mi mente se había acostumbrado a hacerse, pero no creo que se correspondieran con la realidad, con lo que estaba sucediendo frente a mis ojos. A decir verdad, ese bebé no parecía necesitar ese amor en absoluto. Se le veía feliz, sentado en su silla de paseo, arropado por una mantita azul y blanca, y enfundado en su diminuto abrigo. Sonreía hasta con la mirada. No, no parecía necesitar nada, pero yo seguía empeñada en que no era justo que la vida lo hubiera privado de algo tan importante como el amor de su madre.

Sus caricias.

Su olor.

Su tacto suave.

El sabor de sus besos y el calor de sus miradas.

Me quedé absorta, observando a la pareja que hacían ese padre con su hijo. Memorice sus rasgos y una idea empezó a tomar forma. Estúpida. Absurda. Peligrosa para mí, pero a veces el dolor te ciega, la soledad te araña tanto que le das crédito a cualquier cosa que la espante y la aparte de tu lado. Decidí que, desde ese momento, ese sería mi niño. Que proyectaría hacia él

todo el amor que se había quedado sin dueño nueve meses atrás. Al menos durante una hora y media, todos los días, los colores volvieron a mi vida.

Aunque nada de esto fuera verdad nada más que en mi mente.

Han llegado solo un poco más tarde que otros días. Hoy lleva un pantalón corto azul claro, una camiseta blanca y sandalias por las que se cuele la arena. No le gusta la sensación, le molesta entre los dedos al andar y ha tratado varias veces de deshacerse del calzado sin éxito. Si no fuera porque no debo, y porque nunca se sabe si podría haber cristales, correría a su lado y le quitaría las sandalias, para que pisase directamente la arena y sintiera la libertad de caminar descalzo.

Cierro los ojos e imagino que esto no es un parque de ciudad, sino una playa de suave arena. Ambos miramos al mar, mientras le agarro de las manos, incitándole a que deje que el final de las olas acaricie los dedos de sus pies. Al principio se asusta, la sensación del agua fría provoca que los aparte, colgándose de mis manos, pero me mira sonriente, lo piensa mejor y espera a la siguiente ola. Esta vez deja que el agua bese su piel y se ríe. Me gusta su risa franca, limpia, música para unos oídos que están desentrenados en eso que es la felicidad.

¿Estoy solo imaginando su risa?

Abro los ojos a tiempo de ver que no, que en la realidad se está riendo a carcajadas. Ha hecho una torre con los juguetes que traía y después la ha tirado. Ahora se afana en apilarlos de nuevo, con cuidado, pero me estoy temiendo que lo que busca es volver a derribarla en cuanto lo consiga. No me equivoco. Al momento el arenero es un desparrame de juguetes y risas, que se cortan bruscamente cuando otro niño, algo mayor, se apropia de un coche rojo de grandes ruedas negras. No parece gustarle el verse obligado a compartirlo y, cuando observa que el otro niño hace un intento de marcharse, se pone de pie y, a falta de palabras con las que pedirle que se lo devuelva, le propina un fuerte tirón de pelo.

El padre no está atento, está hablando con otra madre y casi soy yo la que se levanta para poner paz entre los pequeños, pero me contengo cuando apenas he hecho el gesto de dejar a un lado el libro. Nadie puede saber de esto que para mí es un juego, nadie puede enterarse de lo que pienso mientras estoy en el parque porque, mientras nadie lo sepa, no lo cuestionarán y, sobre todo, no me robarán esta paz de hora y media.

Nadie debe conocer jamás mi secreto.

Al final el llanto de ambos llama la atención de los adultos y acuden para arreglar la disputa. Mi niño acaba con su coche en la mano y yo vuelvo al libro, contenta porque a los cinco minutos parece que jamás ha pasado nada. Los dos están jugando, olvidado el incidente, borrado de la escaleta de ese día, como si nunca hubiera sucedido.

Qué sencillo es olvidar cuando eres tan pequeño.

El tiempo restante sigo disimulando. De vez en cuando paso una página del libro, me finjo atenta a lo que cuentan sus páginas, como si este objeto de papel fuera en verdad la causa de que yo me siente en el banco cada tarde. No quiero llamar la atención sobre mí y estoy segura de que lo consigo. Los niños no me prestan atención y los adultos ignoran mi presencia. Saben que estoy, me ven como ven los árboles, los bancos, la fuente, los gorriones que de pronto se posan en el suelo y rápidos levantan el vuelo tras haber conseguido un pedacito de merienda olvidado que llevarse en el pico. Formo parte de la decoración urbana, tan mimetizada con ella que sería casi más llamativa mi ausencia que mi presencia.

Soy la mujer del libro.

La que se concentra en leer en medio de una algarabía infantil de risas, juegos, juguetes de colores chillones, balones usados y sillas de paseo. No pueden escuchar mi monólogo interno y, si alguien se tomara la molestia de fijarse en mí, probablemente inventaría cualquier otra historia, no la que realmente me trae aquí cada tarde. Estoy segura. Pensarían que, por absurda, no es posible. ¿Cómo va a ser cierto? ¿Cómo es posible que me vista, me peine y camine casi media hora tan solo para mirar a un niño que no es mío? ¿Por qué imaginarme parte de su vida me saca de la apatía en la que vivo desde hace meses? Si supieran solo esa pequeña parte de mi verdad, estoy segura de que inventarían siniestras intenciones por mi parte. Ni siquiera descarto que pensasen en que estoy planeando un secuestro. Pero no, ni por lo más remoto se me ocurriría agarrarlo de la mano y llevármelo conmigo en un descuido de su padre. Eso haría que mi niño sufriera y es lo último que deseo. Sin embargo, ahora que lo pienso sé que sería muy sencillo.

Su padre se pasa mucho tiempo ignorándolo.

Habla con todo el mundo, dejando de mirar a mi niño durante largos períodos que a mí me provocan cierto desasosiego, hasta que pienso en que importa poco. Ya estoy yo pendiente de que no se abra la cabeza. De que ningún otro niño le dé un balonazo. De que no se lleve la arena a la boca o juegue con una botella rota olvidada, de las muchas que aparecen tras el fin de semana regadas por el parque.

Soy su ángel de la guarda, me digo.

Me he asignado con él el trabajo para el que estuve preparándome y que se frustró aquella tarde que ha marcado el principio de esto que ya no es más que una imitación de la vida para mí. No quiero pensar en ello, no quiero que los recuerdos de ese día acudan ahora, en mi momento de felicidad diario, pero hay veces que ni estando cerca de él lo consigo. Hay veces, como ahora, que me invaden y se apoderan del aliento que necesito para seguir respirando y, en bucle, repiten la secuencia del día que debería haber sido el más feliz y que se convirtió en el principio de esta desolación.

Una lágrima se escapa del lugar donde las mantengo guardadas cuando abandono el refugio seguro de mi casa, y sé que el haberle dado permiso es como haber abierto la puerta de golpe a la memoria. Al principio las imágenes son felices, siguen el guion que nunca debería haber cambiado.

Me veo desnuda en la ducha, acariciando mi abultado vientre mientras el agua resbala por mi cuerpo bellamente deformado. Sus pequeños pies, llenos de vida, recorren mi interior marcando visiblemente un trazo en mi piel. Juego a empujarlos con un dedo y enseguida noto que reacciona moviéndose inquieto, hasta que la huella de otro piecito aparece en un punto de mi barriga. De pronto, sin previo aviso, siento una terrible presión en la zona lumbar, que me obliga a apoyarme en los fríos azulejos. Respiro, intentando mantener la calma tal y como me han enseñado en las clases y consigo pasar con éxito el primer aviso de que hoy es el día. Lo que no consigo es tranquilizar a mi corazón, que late acelerado después de mi primera contracción.

Cuando me estoy secando el pelo, bastante tiempo después, cuando casi he llegado a pensar que la primera era una falsa alarma, siento la segunda, que me obliga a agarrarme al lavabo. Aún son suaves. Aún están separadas por veinte minutos, pero soy primeriza y todo es desconocido. Asusta y emociona. No sé qué es lo que vendrá a continuación, me da mucho miedo el momento en el que tenga que emplear toda mi energía para expulsarlo de mi cuerpo, pero a la vez siento que ese será el preludio mágico de una nueva vida y eso me anima.

No imaginaba hasta qué punto sería una vida nueva.

Fuera de la ducha elijo dos atuendos. Uno de ellos será con el que llegaré vestida al hospital, un enorme jersey y unas mallas, ropa cómoda porque bastante me cuesta ya moverme como para complicármelo más con modelitos. Me pongo unos botines sin tacón y completo mi aseo con un poco de colonia de bebé en el cuello. Quiero llevarme ese olor conmigo, para que me dé fuerza, para que aliente esta maratón que ya ha empezado y que quién sabe las horas que durará.

No como.

Bebo un poco de agua, no sé si me darán algo más o lo reservarán para cuando haya pasado todo. En las clases nos han dicho que cuando las cosas se complican y es necesario acudir al quirófano, es mejor no haber comido o bebido, así que, obediente, sigo las instrucciones. Obediente y encantada porque, aunque reconozco que estoy muy nerviosa y asustada, también me siento muy feliz.

Mi marido pasea inquieto, preguntándome si tengo lista la bolsa que tenemos que llevar al

hospital. Se lo he contado mil veces durante estos días previos, pero los nervios parecen haberle borrado la memoria porque no se acuerda de nada. Es normal. Para él también es un día importante. Va a ser padre. Los dos vamos a serlo al fin. Vamos a poder agarrar esas manos diminutas con las que llevamos meses soñando, vamos a poder posar nuestros labios en la frente de ese minúsculo ser que representa nuestro amor. Nos miramos excitados y alegres y, con todo listo, montamos en el coche, rumbo al hospital.

El trayecto es corto, no más de quince minutos en los que me da tiempo a sentir dos contracciones. Parece que el tiempo entre ellas se está acortando, que en los minutos en los que nos hemos estado preparando para salir de casa mi cuerpo ha ido dando pasos adelante. Temo que, si no nos damos prisa, el bebé acabe naciendo en el coche y se lo hago saber, pero él me tranquiliza diciendo que ha leído, en no sé qué estadística, que eso no pasa con tanta frecuencia. Me habla con mucha seguridad. Las estadísticas, dice, están para ignorarlas, los partos forman parte de nuestra naturaleza, de lo que somos, del principio de la vida y llevan milenios sucediéndose. Las excepciones se registran, pero son eso, excepciones. Nosotros, está convencido, no somos una de ellas.

No sabía lo equivocado que estaba.

Al llegar a este punto vuelvo al parque y me doy cuenta de que, en el libro que sostengo, hay palabras que se han vuelto borrosas, producto de algunas lágrimas que han decidido sumarse a la historia. Me seco los ojos con el dorso de la mano y espero que nadie me esté mirando. Si alguien por casualidad lo hace deseo que piense que simplemente me emociono con lo que leo. Cuando me recupero un poco me doy cuenta de que es muy tarde. Empieza a haber menos niños en el parque y el mío ya está montado en su silla de paseo. Su padre se despide de las madres que quedan y ambos se marchan.

Me levanto, cierro el libro, que guardo en mi bolso, y yo también me voy.

Los domingos la espera es siempre estéril. Como no sé nada de ellos, solo puedo especular sobre dónde pasarán la tarde. En esas horas, en las que solo veo el arenero vacío, he pensado en posibilidades.

Quizá los abuelos.

Tal vez es el día en el que su padre lo monta en el coche y lo lleva a casa de los abuelos, para que puedan ejercer como tales y mimarlo. Imagino a una abuela sexagenaria, quizá algo más joven, orgullosa de este que me empeño en creer que es su primer nieto. La veo abrir la puerta de la casa y extender los brazos para acoger a mi niño y regar su rostro con besos infinitos de abuela, de esos que nunca encuentran el momento de detenerse. Detrás, algo inquieto, el abuelo espera turno para el suyo, un beso que con los años ha adquirido un valor incalculable. Su mujer ya no le regala uno tan a menudo como cuando eran jóvenes y los hijos... a los hijos les cuesta sacarse la vergüenza y a veces se saltan ese simple gesto. Él no. Mi niño ha venido a llenar el vacío de besos, de dados y recibidos, a saldar una cuenta que hace mucho tiempo que para el abuelo estaba en números rojos. Casi antes de que la abuela entre en la casa ya lo tiene él entre sus brazos, dispuesto a aumentar el crédito con el que ir pagando los plazos de esta pequeña felicidad durante una semana más.

El padre entra en casa y deja el abrigo en el perchero que imagino tras la puerta. La habitación que está más cerca era la suya y sigue conservando hasta la misma colcha que lo vio crecer. Su madre no ha cambiado ni un cuadro, ni las cortinas, ni la alfombra. Todo se mantiene como si lo esperase y él, al pasar al lado, se siente tentado de volver. Quizá así todo sería más sencillo. Tendría ayuda con el niño, no dependería de la guardería, no tendría que obligarlo a madrugar tanto para poder atender a su trabajo de jornada matutina. Ganaría en tranquilidad, pero tal vez perdería toda la libertad obtenida cuando hace años decidió empezar la vida por su cuenta. Sigue hasta el coqueto salón, dejando regadas las dudas que se repiten, semana tras semana, por el largo pasillo.

Salgo de mi ensoñación y vuelvo al parque. El domingo la gente es distinta.

Hay más ruido. Hay más niños.

Es imposible concentrarse entre tanta bicicleta y sorteando los balones que a intervalos vuelan alrededor de mi cabeza. Una papelera, colocada a una distancia estratégica de un árbol, en la perpendicular de mi banco es usada como improvisada portería. La otra, la del equipo contrario, la delimitan dos chaquetas tiradas en el césped. Juegan sin medir sus fuerzas y, cuando alguien tiene la mala suerte de recibir un balonazo, disimulan, intentando que el rapapolvo elija

otro a cualquiera de los demás.

Me quedo hasta que anochece.

Lo sé.

Intentar refugiarse en esto no puede ser sano. No debo seguir jugando a involucrarme en una felicidad fingida, en unas vidas a las que no pertenezco, para seguir adelante. Tendría que levantarme de este banco y buscar la mía, centrarme en mi realidad. Dejarme de imaginar lo que podría haber sido y buscar ayuda para aceptar que lo perdí.

No puedo.

Pensar en ello, pensar en lo que pasó, multiplica el dolor y me sumerge en una espiral que me provoca un mareo permanente. Se ha llevado por delante mi capacidad para descansar tranquila. No recuerdo haber dormido seguido ni una sola noche en estos meses, ni siquiera con la ayuda que me proporcionaron las recomendaciones de mi médico. Dormía, es cierto, pero los sueños eran tan inquietantes que despertaba sudorosa y sin aliento. ¿No es esto un sueño también? ¿No acabaré un día despertando con la misma sensación? ¿No estaré prolongando el duelo no queriendo aceptar que tengo que vivirlo y seguir adelante?

He continuado toda la semana observando desde mi posición. Silenciosa. Vendándome una y otra vez los ojos para no sentir que no tengo nada; por más que lo desee, mis brazos seguirán vacíos. A pesar de mi delirio, sé que lo que siento tiene algo de absurdo, porque hace un par de años lo estaban también y yo era capaz de vivir en plenitud. Reía. Me divertía. Salía a la calle y me ilusionaba por cosas que no me parecían pequeñas, aunque lo fueran. Es como si, desde aquel día en el que lo perdí, el mundo hubiera cambiado de dimensiones para mí y no fuera capaz de adaptarme a ellas.

Navego en un desierto infinito de arenas revueltas donde no atisbo más paz que la de este arenero del parque, un lugar en el que, durante un tiempo, no me veo obligada a esconderme para no ahogarme. Donde el viento cesa, disminuye el calor y puedo dejarme acariciar por los tibios rayos de un sol que no ciega. Pero es tan poco lo que dura y tan doloroso perder estos instantes de felicidad que debería esforzarme en no volver.

Debería seguir caminando furiosa, dejando el oasis de lado, buscando una tierra fértil donde descansar.

Ha ocurrido lo inevitable. Aunque cada día intento distraerme y no regresar, sigo en mi empecinamiento de vivir este fragmento de vida que no me pertenece y regreso al banco, a mi posición de observadora.

Ahora soy yo la observada.

Hace días que cada vez es más frecuente que levante la vista y me encuentre con los ojos del padre fijos en mí. Supuse que era simple curiosidad, no en vano tengo que llamar la atención aquí, sola. Ha buscado una excusa para acercarse, preguntar la hora. Le he contestado tras consultarla en mi teléfono, dándome cuenta de que él tiene el suyo y podría haberla mirado. Solo quería saber algo de mí, porque enseguida empieza una conversación trivial que, poco a poco, conduce sus palabras a preguntar las razones por las que me siento en este parque. Me ruboriza la verdad y uso mi escudo de papel para justificarme, y hasta parece que me cree.

Se sienta a mi lado, en el banco.

Durante unos instantes, estoy tentada de ser yo la que pregunte. Al fin y al cabo, no tengo un nombre para esa criatura de grandes ojos y pelo rubio al que llamo mi niño, pero me contengo. No quiero saberlo. No lo necesito, al menos no tanto como sentir su presencia. En el fondo de mi corazón hay un nombre que evito pronunciar, el que elegimos su padre y yo para el mío, y aunque no lo diga prefiero que sea ese en mi imaginación.

Tampoco le pregunto a él cómo se llama.

Mi niño se acerca y pide agua con su media lengua y, por primera vez, puedo acariciar su rostro. La piel es suave, un tacto de seda que me provoca un suspiro y una añoranza extraña, porque en realidad no se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido, lo que jamás has sentido bajo tus dedos. Observo como el agua resbala por las comisuras de sus labios y acaba en la camiseta, y lo poco que le importa. Me mira, regalándome una sonrisa, y se vuelve a la arena.

Cuando la hora y media llega a su fin conozco un montón de anécdotas que ha ido desgranando para mí el padre. Algunas se las he preguntado yo, animada por su locuacidad. Quiero saber cuándo se cayó la pinza del cordón umbilical o cuánto tardó en sujetar la cabeza y levantar el cuerpo apoyándose en sus brazos. Nada importante, pero todo cuando pienso que ni esos recuerdos he podido atesorar yo. No parece extrañado por mi interrogatorio y contesta, orgulloso de ese pequeño al que se parece mucho.

También me pregunto a quién se parecería el mío.

Al volver a casa, al cerrar la puerta de ese lugar donde languidezco, decido que es el

momento de empezar un camino que me he negado a recorrer hasta ahora.

Abro la puerta del cuarto que le esperaba y comienzo a recoger sus cosas.

Tengo que dejarlo marchar del todo.

Hace semanas que no piso el parque. El día que volví a casa, decidida a poner fin a este absurdo, fue el más duro después de aquel otro que partió mi alma en dos, pero sé ahora que era necesario, que yo necesitaba salir de la espiral en la que me había sumido este episodio amargo de mi vida. Necesitaba tiempo y un revulsivo, y no era más que sacar los recuerdos físicos, esos que siempre pueden tirarse a la basura y te permiten redecorar tu mundo. Una terapia, por ridícula que fuera.

He vuelto a ver a mi marido.

No me había dado cuenta de que él no tenía la culpa de nada, que estas cosas pasan y apartarle de mi duelo no lo menguó. Al contrario. Le impedí, con mi estúpido comportamiento, apoyar su hombro con el mío, repartirnos la carga de un dolor que nos pertenecía a ambos.

Él también perdió a su hijo.

Sin querer, por no pararme a pensar, me hice con la exclusiva de esta pena, no queriendo saber cómo se sentía él. Ahora que he sido capaz, ahora que le he dejado exponerme sus noches de insomnio, sus días tristes, me he dado cuenta de que este peso, compartido, habría sido mucho más sencillo de llevar.

Le concedo y me concedo la posibilidad de hablar, de llorar juntos, de dejar que salga la rabia que sentimos. No es contra nadie, es ira contra el destino que nos dejó sin un hijo que habíamos deseado tanto. A los dos.

Las horas de conversación nos han permitido recordarnos quiénes éramos y concedernos una nueva oportunidad. Estoy decidida a caminar de nuevo, sin olvidar, pero sin llevar de la mano cada día los recuerdos. Los dejaré ahí, formarán parte siempre de mi vida, pero no debo permitirles que la gobiernen a su antojo.

Quiero, ahora lo sé, volver a empezar, volver a tomar el timón de mi vida y sé que estoy preparada. Este niño que no es mío, esta parada en el oasis de arena del parque, me ha permitido darme cuenta de que hay algo que no perdí ese día: no perdí la capacidad de amar. Dentro de mí tengo miles de sentimientos que ya es hora de que proyecte en algo real. Ha habido mucho dolor en este tiempo, pero dar sin esperar, entregar mi amor a ese niño desconocido, ha despejado las sombras. He descubierto que el dolor no me ha matado, sino que me ha fortalecido de alguna manera.

He tardado mucho, pero he podido decir adiós definitivamente a mi hijo. Ahora sé que es

posible que vuelva a lucir el sol en mi vida. Sé que las tormentas, por fuertes que sean, por mucho que duren, se detienen. Que las lágrimas eran necesarias, pero que he podido secarlas y hoy estoy preparada para dar un paso.

Para abandonar la arena.

Para volver a pisar tierra firme y empezar de nuevo.

Para recuperar el tiempo y el valor.

Quiero volver a ser madre.

Esta vez, de mi propio hijo.

BRIANDA

Acabas de leer *Oasis de arena*, un relato al que le tengo un cariño enorme y que considero el fiel reflejo de mi manera de escribir. Espero que te haya gustado y quiero darte las gracias de manera expresa por haberla elegido como lectura.

También me gustaría aprovechar esta oportunidad para invitarte a que me cojas de la mano y nos demos un paseo por el inicio del siglo XVII a través de las letras de una de mis primeras novelas: *Brianda, una bruja en tiempos de la Inquisición*.

Este el inicio.

A finales del siglo XV, la Inquisición llegó a la Península Ibérica de la mano de los Reyes Católicos, basándose en la que se había creado en Francia en los últimos años del siglo XII. Aunque su único objetivo en un principio era la unificación religiosa de los reinos que gobernaban, pronto se convirtió en una enorme maquinaria para mantener a la población sometida, ya que cualquiera podía ser acusado de un delito contra la fe sin pruebas y no era sencillo que se librase del tormento previo a las penas que el Santo Tribunal imponía.

Sin embargo y muy al contrario de lo que perduró en el recuerdo histórico, apenas se juzgaron a hechiceras en España y solo fue la popularidad que un caso adquirió en aquella época lo que hizo que el miedo se extendiese por todo el reino: el proceso de Zugarramurdi. En él, varias mujeres fueron juzgadas, condenadas y ajusticiadas en Logroño en el año 1610 con enorme crueldad y sin pruebas evidentes de que fueran realmente brujas, porque en realidad, solo habían confesado serlo al pensar que con ello se librarían del tormento y podrían volver a su casa.

Pero lo cierto es que, aunque ellas fueran víctimas de una falsa acusación, sí existió la magia en esa época. Ese mismo año, en una pequeña aldea de Toledo nació una niña con poderes extraordinarios. Su nombre, Brianda. Durante toda su vida tuvo que esconder sus dones para no ser descubierta y condenada por aquellos que se decían guardianes de la fe y la verdad. Lo consiguió durante mucho tiempo, pero nunca se puede escapar al destino...

Esta es la historia de Brianda.

La historia de una bruja en los peores tiempos de la Inquisición.

Una casa en las afueras de un pequeño pueblo de Toledo.

Golpeó con los nudillos en el punto exacto mientras mantenía la oreja pegada, auscultando el muro. Repitió la operación para asegurarse e hizo una tercera prueba, desplazándose ligeramente hacia los lados. Solo entonces, cuando las evidencias le parecieron ciertas, arremetió contra la pared con todas sus fuerzas, armado con un enorme mazo. El estrépito de la madera resquebrajándose rompió la tranquilidad de la casa y despertó a Amanda, que se incorporó de un salto en la cama. Los golpes en la planta baja se multiplicaron mientras la joven, con el corazón latiendo descontrolado, corría descalza escaleras abajo. La prisa le jugó una mala pasada y acabó el recorrido sin poner los pies en los últimos escalones, aterrizando desparramada en el pasillo. El ruido ensordecedor provocado por la maza encubrió su grito de dolor. Se levantó tan furiosa por su torpeza como por la escena que estaban presenciando sus ojos. Alonso se esforzaba en horadar el muro a golpe de martillo mientras perlas de sudor diseminadas por su torso delataban el esfuerzo que estaba poniendo en derribarlo.

—¡Alonso! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó mientras le propinaba un golpe en la espalda, tratando de atraer su atención.

—Buenos días, mi dueña, ¿has dormido bien? En cuanto termine te prepararé un buen desayuno —contestó interrumpiendo la tarea.

No registró en absoluto el estado de ansiedad evidente de Amanda. Intentó regalarle un beso de buenos días, pero ella, enfadada, rehuyó el contacto.

—¡Te he hecho una pregunta! ¿Por qué estás tirando abajo esa pared? —gritó.

—¡Ah, esto! Es que quería saber qué hay detrás de la pared porque...

—¿Detrás de la pared? ¿Quieres saber qué hay detrás de una pared y la tiras? —le interrumpió ella—. ¿Tú estás tonto?

—No se me ocurre otro modo para mirar detrás —contestó, tan tranquilo—. Déjame terminar. Verás, he usado eso que es amarillo y se enrosca, y...

Amanda intentó averiguar de qué le estaba hablando. Con Alonso a veces se hacía complicado, eran tantas las palabras que desconocía que cada día de los últimos años había sido un aprendizaje constante para él. «Eso que se enrosca amarillo», a saber qué sería. Para sacarla de dudas, Alonso se lo mostró:

—Esto.

—Se llama metro, o cinta métrica. ¿Qué has hecho con él? —preguntó ella.

—Comprobar algo que hace tiempo que me estaba haciendo pensar. Sobran... rayas si lo

usas desde fuera de las habitaciones comparado con hacerlo desde dentro.

Era muy temprano para las confusas explicaciones de Alonso y Amanda se había despertado demasiado sobresaltada como para tener la paciencia que demostraba otras veces.

—¿Le sobran rayas? ¿De qué hablas?

—Pues de esto —dijo señalando el agujero en el muro—. Entre las dos paredes hay un espacio. Sonaba a hueco y quería saber por qué.

—¿A las siete de la mañana? —preguntó a gritos.

Alonso se encogió de hombros, hizo como que no la había oído y siguió a lo suyo. Estrelló la maza contra la pared y esta cedió bajo el golpe. El ambiente se llenó de polvo en suspensión.

—¿Lo ves? —le dijo triunfal a Amanda—. Hay una habitación.

Ambos se asomaron al hueco.

—No se ve nada —apuntó Amanda mientras intentaba vislumbrar el interior.

—Toma, una bujía.

—Linterna, Alonso, es una linterna, no una bujía.

El haz de luz iluminó un pequeño espacio que había sido tomado por las arañas. Llamarlo habitación era ser muy optimista. Aparentemente, no había nada de interés, tan solo un pasillo de un metro de ancho y cuatro de largo. Alguien se había tomado la molestia de construirlo, pero vacío en su interior, les hizo pensar que jamás había sido utilizado con ningún fin. Amanda suspiró; debido a la antigüedad de la casa, por un momento se le había pasado por la cabeza que encontrarían los restos de algún desdichado, emparedado hacía siglos.

—¿Estás contento? No hay nada y mira la que has liado —le dijo a Alonso—. ¡Ya puedes arreglar todo este desastre!

—No tiene sentido, ¿para qué iban a construir esta habitación si luego no la usaron?

—Pues a saber, hay muchas cosas que desconocemos de esta casa, Alonso —dijo Amanda refiriéndose a la finca que había heredado en las afueras de un pueblo de Toledo—. Y yo quiero que así siga siendo, no me apetece ponerme a investigar.

Pero Alonso no se rendía. Arrancó con las manos parte de la madera para hacer un hueco más grande y entró en la estancia, linterna en mano. Recorrió palmo a palmo el suelo con la luz y no encontró nada. Su registro se extendió a las paredes que tampoco parecían esconder nada, salvo las telarañas que lo inundaban todo. Cuando estaba a punto de rendirse iluminó el techo. Una especie de estante de madera anclado en él, con forma de «U» contenía un objeto envuelto en una tela.

—¡Aquí hay algo! —gritó.

Con cuidado, extrajo el paquete y salió con él. Fuera le dio la linterna a la joven y desplegó el viejo tejido.

—¿Y esto? —preguntó Amanda.

—Es un libro —dijo Alonso, en un tono tan solemne que parecía que acababa de descubrir la pólvora.

—Ya veo que es un libro, Alonso, pero ¿por qué alguien se tomó la molestia de esconderlo tanto?

Alonso lo abrió. En la primera página, escrito a mano, tan solo había un nombre: BRIANDA.

Los jóvenes se preguntaban qué demonios era aquello. Se trasladaron a la cocina y, sentados muy cerca en la mesa, comenzaron a leer.

#PRIMERA PARTE#

Siglo XVII

Un pequeño pueblo en las afueras de Toledo.

1. EL PRINCIPIO

Isabel, la hija de Juan, el labrador, se retorció de dolor. Las contracciones hacía horas que habían anunciado el momento del parto, pero la criatura parecía no querer abandonar el calor del útero materno. La oleada de malestar en el abdomen, la primera señal de que aquel iba a ser el día, encontró a Isabel agachada juntando las espigas de trigo que los segadores iban dejando atrás mientras avanzaban en la recogida de la cosecha anual. Al principio pensó en una mala postura; al fin y al cabo, ella era una primeriza y las cuestiones relativas a la maternidad le daban tanta vergüenza que nunca se había atrevido a preguntar a su madre mientras vivió. Ahora sentía que la necesitaba. Sin embargo, el dolor pasó, inadvertido para cualquiera que no fuera ella misma. Durante casi una hora, Isabel se sintió bien para seguir adelante sin bajar el ritmo. Claro que era difícil agacharse con aquella prominente barriga, pero el resto de su cuerpo, alimentado con lo mínimo, había permanecido ajeno al embarazo y se sentía más o menos ágil. Siguió espigando y, cuando casi había olvidado el incidente, volvió a doblarse por

la mitad. Esta vez no pudo evitar que la mujer que tenía a su espalda se percatase.

—¿Qué te ocurre, niña?

—No se preocupe, pasará —dijo Isabel, fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—¿De cuánto tiempo estás? —La cara de la mujer reflejaba preocupación y no era para menos. Estaban a más de media hora del pueblo.

—Dentro de una semana cumplo.

—Debes marcharte, muchacha. El parto está empezando y de otro modo quizá no te dé tiempo a llegar a tu casa.

—¿Está segura?

Los nervios de Isabel se destemplaron, aunque se esforzó porque no se notara. No quería parecer una niña pequeña.

—Créeme, he tenido seis hijos. ¿Es el primero para ti?

—Sí.

—Lo suponía. —La mujer sintió un leve alivio. Sabía que el primero siempre se demoraba un poco—. Vete a casa lo más rápido que puedas. ¡Antón!

Un pequeño de unos seis años apareció trotando. Isabel ni siquiera había advertido su presencia hasta ese momento. Llevaba un puñado de espigas amarillas en las manos y las depositó en la cesta de su madre.

—Hijo, ve a buscar a Luisa, la mujer del barbero. Dile que esta joven está de parto, que se prepare. ¡Corre!

—Sí, madre.

El niño empezó a correr en dirección a la aldea, feliz por poder escapar de la tarea, mientras la madre ayudaba a Isabel a colocarse su propio hatillo de espigas. Por ese día ya estaba bien.

El camino de vuelta al pueblo fue muy largo para Isabel. No tomó la precaución de hacer que alguien la acompañara y se sentía mal por ello. Si al niño le diera por querer salir antes de que alcanzase al menos la primera casa, no tendría a nadie que la ayudara y ella sola no sabía qué tenía que hacer. Cuando arremetía una contracción, se paraba en seco, tratando de serenarse, respirando con la mayor tranquilidad que podía. Recuperada de aquel trance, seguía adelante, con el paso más vivo que le permitía su estado. Sin embargo, tenía la sensación de que no avanzaba. Se iba cansando cada vez más y el hatillo le pesaba. Quizá fuera buena idea dejarlo abandonado. No lo hizo, por supuesto. Ese paquete a su espalda contenía todas las espigas que iba a poder conseguir ese verano y, la verdad, no eran muchas. La alegría que sintió

cuando vio llegar a los espigadores y se enteró de que empezaban su faena ese mismo día se desvanecía por completo. Había calculado que, con la semana que le quedaba hasta el parto, tendría tiempo suficiente para hacerse con una buena provisión de trigo extra para el invierno y ahora sabía que no iba a ser así. Su hijo no venía con un pan bajo el brazo, sino que se lo llevaba antes de llegar.

Isabel hubiera agradecido la compañía de alguien en aquel camino, pero no se veía un alma. El asfixiante calor de aquella mañana de verano no invitaba a pasear por los campos y, además, todo el mundo estaba ocupado en las diversas tareas que exigía la dura vida de los campesinos de Castilla en aquel año del Señor de 1610.

Uno de aquellos pinchazos que retardaban su marcha estuvo a punto de lograr que se rindiera. Aquel dolor insoportable entre las piernas, una presión en la pelvis que le parecía que iba a partirla en dos, parecían suficientes razones para dejarse llevar y acurrucarse a la sombra de alguna de las encinas del camino. No obstante, siguió adelante. Tardó casi dos horas en recorrer la distancia que la separaba del pueblo, tratando de no gritar para no agotar la energía que le quedaba. Cuando divisó la primera casa, también se encontró con la silueta de Luisa, la partera, que avisada por el pequeño Antón, había preparado todo en su hogar para recibir a la muchacha. Sabía que era la hija de Juan, esperaba el parto, pero también a ella le sorprendió que se produjera antes de tiempo. Había visto a Isabel por la mañana y no le pareció advertir ninguno de los síntomas.

—¿Estás bien? —preguntó mientras le ofrecía sus brazos para que se apoyase.

—Muy cansada y creo que... —No sabía cómo explicarse. Bastó una mirada hacia su falda para que la partera entendiera.

—No te preocupes. Eso es que has roto la bolsa de las aguas.

—¿Y eso es malo? —preguntó ella.

—¡En absoluto! Eso quiere decir que tu hijo está a punto de salir.

—Pues espero que lo haga pronto porque... —No terminó la frase porque otra brutal arremetida de dolor hizo que se parase en seco.

—Vamos dentro. Debo prepararte. ¡Ánimo! Seguro que va todo muy bien.

La partera acomodó a Isabel en una cama y le proporcionó un poco de agua. Agradeció el alivio momentáneo, aunque no tardó demasiado en vomitar. Sudaba mucho y la mujer le aplicó unas compresas frías en la frente.

—¡Isabel!

Ricardo, el esposo de Isabel, avisado por Antón, entró en ese momento en casa de la

partera, que advirtió al joven:

—No la pongas más nerviosa de lo que está.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ricardo.

—Ahora mucho mejor —dijo ella.

Y lo decía de verdad. La soledad que había sentido en el camino ahora se desvanecía. Una mujer se ocupaba de que el parto progresase y su esposo la cogía de la mano. Nada podía estropear ese momento. Nada, salvo una contracción. Gritó sin poderse contener.

—¡Tranquila, Isabel! Déjame que vea.

Luisa levantó las faldas de la chica y empezó una exploración que para ella no era más que rutina, pero que Isabel, instintivamente, rechazó. Nadie, excepto su esposo, se había atrevido nunca a tocarla con tanta intimidad.

—¿Se puede saber qué hace? —gruñó el marido.

—Isabel, es necesario para saber cómo está colocado el niño. —La partera ignoró las reticencias del joven.

—¡No la toques más! —gritó Ricardo sin poder contenerse.

—¡Ningún hombre debería ver esto! ¡Sal de aquí si no vas a ayudar!

La energía de la mujer al hablarle le dejó claro que, en esos momentos, era ella la que mandaba. Él bajó la mirada y, con una disculpa muda, se hizo a un lado, manteniendo la mano de Isabel junto a la suya. Aquella rolliza mujer de ojos avellana y cabello encanecido llevaba muchos años trayendo niños al mundo, él mismo e Isabel habían visto la primera luz entre sus brazos. Tenía fama en la comarca, hasta las grandes señoras de Toledo la llamaban días antes para que asistiera sus partos, así que debía de saber algo. Decidió permanecer en silencio hasta que la criatura asomase su rostro. Se tragaría las ganas que tenía de abofetearla si todo salía bien, pero si no... Ricardo estaba tan confuso como cualquiera a punto de ser padre.

Las contracciones fueron elevando su intensidad hasta que fueron sustituidas por una necesidad imperiosa de empujar. Isabel empezó a hacerlo por instinto y la mujer que la ayudaba se preparó para el final.

—¡No grites! No ayuda nada.

—¡No puedo! —sollozaba Isabel mientras unas lágrimas rebeldes se escapaban por su rostro.

—¡Ya verás como sí puedes! ¡Siempre has sido una valiente! ¡Ánimo! Empuja cuando te llegue el dolor, de manera continua, concentrando toda tu energía en ello. Cuanto mejor lo

hagas antes acabará el dolor.

—¡No puedo! ¡No puedo!

—Claro que sí. Mira, ahí viene. ¡Empuja!

La partera alentaba a Isabel y ella se aplicaba todo lo que sus exiguas fuerzas le dejaban. Cuando creía que era imposible sobrevivir a aquella tortura, una frase de la partera renovó su energía.

—¡Estoy viendo la cabeza!

—¿De verdad? —preguntó ella entre gemidos.

—Cuando vuelvas a sentir el dolor empuja fuerte. Mucho más que hasta ahora.

Al poco hizo aparición uno de los hombros. Luisa metió los dedos entre la axila del niño y esperó a que la siguiente contracción contribuyera a sacar el otro hombro. Cuando llegó ese instante agarró el pequeño cuerpo con firmeza y dio un suave tirón. El diminuto ser se deslizó sin dificultad alguna y Ricardo e Isabel, expectantes, escucharon las palabras de la partera.

—¡Es una niña!

2. UNA NIÑA

Luisa se decía que no era posible, nunca en su vida había visto algo semejante, ni siquiera se atrevió a contárselo a su marido, pero estaba segura de que no se lo había imaginado. Nada más poner sus manos sobre el cuerpo caliente de la niña, sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo por completo. La criatura le estaba sonriendo, estaba segura. Ni siquiera soltó un berrido, como hacían todos nada más nacer.

Sonrió.

No era un simple gesto inconsciente, era como si aquella carita nueva supiera comunicarse nada más poner un pie en la vida. Hasta se había fijado en que al sonreír le salía un hoyuelo en la mejilla derecha.

Sin embargo, había ocurrido algo mucho más sorprendente, algo en lo que la mujer no podía dejar de pensar. Fue en el instante en el que hizo una pregunta corriente, algo que la costumbre había convertido en rutina.

—¿Cómo se llamará la niña?

Isabel miró al pequeño bulto que se movía entre sus brazos, arropado con una suave gamuza, y empezó a hablar.

—Se va a llamar Is... —no terminó.

La niña que, salvo por el detalle de no llorar, parecía uno más de los cientos de bebés que la partera había ayudado a venir al mundo, tocó la cara de su madre, silenciándola. Isabel se quedó mirando los ojos inusualmente verdes de su niña, y cambió de parecer.

—Brianda. Se llama Brianda —dijo con una seguridad aplastante.

Ricardo se sorprendió tanto como la mujer. Durante los meses del embarazo el acuerdo de ambos fue que, si era niño, se llamaría Ricardo o, a lo sumo, Juan, como el padre de ella. Si era una niña no cabía ninguna duda: se llamaría Isabel, como ella misma, como su madre, como la madre de su madre. Era un nombre que se perdía en la memoria de los que estaban vivos y nunca se había puesto en cuestión el nombre de la primogénita en la familia.

—Pero, Isabel... —Ricardo la miraba estupefacto.

—Se llama Brianda. Es su nombre.

—Siempre hablamos de ponerle el tuyo. Es la tradición.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada, se llama así. Ya tendremos otra hija.

Isabel parecía convencida de lo que estaba diciendo. Mientras hablaba la niña se había agarrado a su pecho y mamaba con decisión.

—¿Cómo que se llama así? —El pobre no entendía a su mujer. Parecía que el parto había afectado a su juicio.

—Me lo ha dicho ella.

Se hizo un silencio en la habitación que ni la partera ni el marido, se atrevieron a interrumpir. Era imposible, era una niña recién nacida y ellos no habían escuchado absolutamente nada. La afirmación de Isabel fue tan contundente que lo único que cabía pensar era que hubiera perdido sangre y la debilidad consiguiente le estuviera jugando una mala pasada.

—Se llamará como quieras —dijo él cuando logró encontrar unas palabras que devolvieran el clima a la normalidad. No quería que la mujer que les había ayudado fuera pregonando por el pueblo que Isabel desvariaba.

—No es como yo quiera. Es como ella desea.

—¡Isabel!

—Te digo que es cierto. ¡Me lo ha dicho! —Isabel, que hasta ese momento estaba serena, empezó a alterarse—. ¿Por qué no me crees?

—¡Tranquila! —dijo Luisa—. Te haré una tila y descansarás. Debes de estar muy cansada.

También voy a darte algo para que duermas. Seguro que cuando despiertes te encontrarás mejor.

—¡Pero no miento! —Empezó a llorar, sintiendo impotente que los demás no creían en sus palabras.

—No te preocupes. Le pondremos a la niña Brianda, aunque sea el nombre más raro que he oído. —Ricardo, más nervioso de lo normal, quería que se callara—. Descansa.

La mujer trajinó en la cocina y le dio a la muchacha la tila en cuanto estuvo preparada. Le había puesto algunas hierbas más que incrementaron su sueño y eso, unido al cansancio del paseo y del parto, hizo que se sumiera muy pronto en un sopor que la dejó amodorrada. Instantes después, la partera cogió a la pequeña entre sus brazos. No se había dormido después de mamar, seguía con los ojos bien abiertos, observándolo todo, como si fuera más mayor. No parecía, en absoluto, una recién nacida salvo por su tamaño, que no difería en mucho al de cualquier otro niño.

Luisa se quedó mirándola. Era imposible que hubiera hablado a su madre y en cambio Isabel parecía tan convencida...

—Me voy a casa, quiero decirle a mi suegro que la niña ha nacido y que Isabel está... bien... —dijo Ricardo.

—No te preocupes. Yo me quedo con ella. Parece que vais a tener suerte y que va a ser una niña muy tranquila. Todavía no la hemos oído llorar.

—Es cierto. No ha llorado. ¿Eso es malo?

—No, es poco común, pero no es malo —respondió la partera.

—Bueno, me marchó. Gracias, Luisa.

Ricardo le dio un beso en la frente a Brianda y antes de salir de la habitación, la partera lo habría jurado, llevaba un semblante diferente. Había desaparecido toda la preocupación y salía de la casa con el rostro que debe tener un hombre que acaba de ser padre. Luisa iba a dejar a la niña en el capazo que siempre estaba preparado en su casa, cuando el bebé le puso la mano en el rostro, tal y como hiciera con su madre minutos antes.

—Gracias.

La partera escuchó la palabra con toda claridad, como si la hubiera pronunciado alguien a su lado, pero estaba segura que la voz procedía de su cabeza. Tenía el timbre de la voz de una niña de unos tres o cuatro años y la entonación que le hubiera puesto un adulto. Era un agradecimiento sincero que la dejó unos instantes sin respiración. Probaba que Isabel no estaba perdiendo la cabeza, quizá ella había escuchado algo parecido cuando la niña tocó su cara.

Recordaba a la perfección como el bebé lo había hecho cuando iba a anunciar su nombre.

—De nada.

Era lo que se solía decir en aquellos casos. A cada agradecimiento se le reservaban dos palabras de cortesía que era impensable no pronunciar.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó Brianda.

—¿Miedo? —dijo la mujer, tratando de que no se notase que estaba aterrorizada.

Echó un vistazo a Isabel de reojo. Dormía, agotada por el esfuerzo del parto y de la caminata previa. Al menos no podía ver la cara de estupefacción de la partera.

—Sí, miedo de mí.

—Los niños recién nacidos no hablan, y mucho menos dentro de la cabeza de otras personas. No es... ¡natural!

—Debía decirle a mi madre que mi nombre es Brianda.

—¡Pero los bebés no eligen su nombre!

—No, si da lo mismo. Pero yo debo llamarme así. Si no, nunca me encontrarán.

—¿Quiénes?

Entonces ocurrió otra más de las cosas extraordinarias de aquella mañana. La niña, tranquila hasta ese momento, empezó a llorar. Era el llanto de un bebé corriente, pero tomó desprevenida a la mujer.

—¿Qué te pasa ahora?

Nadie respondió.

Brianda apaciguó su lloro y Luisa no volvió a escuchar su voz. Le hizo más y más preguntas, pero parecía que, quien fuera que le hablara, se había marchado. Depositó a la niña en la cuna y se juró que jamás le contaría a nadie lo que había pasado durante las últimas horas. No quería que la tomaran por supersticiosa. La Inquisición, siempre atenta, podría empezar a hacer preguntas incómodas sobre sus brebajes y acusarla de brujería.

Se santiguó tres veces y rezó unas oraciones.

Si te ha gustado el fragmento, encontrar esta novela en Amazon o en tu librería habitual (disponible como ebook, con la suscripción a Kindle Unlimited y como libro en papel): [Brianda, una bruja en tiempos de la Inquisición](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias en primer lugar a Pilar Muñoz, que siempre me empuja en todas mis locuras literarias. Gracias por animarme a que pusiera fin a este relato que empezó siendo un experimento en El espejo de la entrada y que al final se acabó convirtiendo en un regalo de Navidad para gente que aprecio.

Gracias a María José Moreno y Alberto González, que siempre están ahí, como lectores de cuanta locura se me pasa por la cabeza. Ellos aportan siempre alguna nota que me obliga a reflexionar y que acaba mejorando sustancialmente la historia, aunque solo sea no dejarme poner palabras muy parecidas demasiado próximas, o hablarme de mis personajes como si estuvieran vivos.

Gracias a Roberto Martínez Guzmán por llevar a mi lado mucho tiempo, amigo y compañero, una de esas personas que el día que llegan a tu vida jamás imaginas que lo están haciendo para quedarse.

Gracias a mis hijos, porque sin ellos yo no estaría escribiendo ahora. Los dos son el motor de mi vida, la razón por la que me levanto cada mañana y por quienes me esfuerzo para ser cada día un poco mejor.

Gracias a ti, lector, por seguir ahí. Sin ti, nada de esto tendría el menor sentido.

Te invito a que, si te ha gustado, dejes un comentario en Amazon, el único lugar donde este pequeño libro está a la venta y donde en realidad tiene sentido.

BIOGRAFÍA

Mayte Esteban (Guadalajara, 1970) apostó en la primera década del siglo por la autoedición en papel. Después de ganar dos certámenes de relato breve (2008 y 2009) decidió invertir el dinero de los premios en autoeditar una novela, **La arena del reloj**, un relato intimista a dos voces escrito en 2006. Tras ella, para documentar una charla que impartió sobre autoedición en la biblioteca Almudena Grandes (Azuqueca de Henares) decidió utilizar como ejemplo y conejillo de indias su primera novela, escrita con apenas 19 años, **Su chico de alquiler**. Ambas recolectaron para ella lectores que le pedían que siguiera contando historias.

Meses después, a ellas se sumó otra novela juvenil, **El medallón de la magia**, y en 2012, con la llegada a España de Amazon, fue una de las primeras autoras que destacó en la plataforma. Sus tres novelas ocuparon las primeras posiciones del top de las más vendidas en sus categorías durante años y ocuparon varias semanas el top 100 general.

Sin embargo, tuvo que llegar febrero de 2013 para que su nombre empezara a sonar con más fuerza. La publicación digital de **Detrás del cristal** la coloca el primer día en el top 100 de Amazon y en pocos días en el top ten de las obras más vendidas y número 1 de romántica. De ahí no se mueve hasta cinco meses después, cuando es retirada de la plataforma como novela independiente para quedarse bajo el sello B de Books de Ediciones B. A esto le seguiría la publicación en papel con Vergara (Ediciones B).

En la Navidad de 2014 autoedita **Brianda**, la segunda parte de **El medallón de la magia**, por la que fue seleccionada entre los 20 mejores autores de fantasía en España.

En el verano de 2015 se publica **La chica de las fotos** (HarperCollins Ibérica) novela con la que quedó finalista en el III Premio Digital HQÑ frente a más de 400 novelas, y cuya publicación en papel se produjo en febrero de 2016. En 2017 se publica su segunda novela con esta editorial, **Entre puntos suspensivos**, una comedia romántica que recupera los personajes de **Su chico de alquiler**.

En 2017 publica una obra de no ficción, **La arquitectura de los sueños** (2017), una guía para lectores y escritores sobre la construcción de una novela.

Tras un 2018 en pausa, en el que solo autopublica un relato, Oasis de arena (2018), en 2019 llegan dos publicaciones: **Comer y amar, todo es empezar**, (2019) dentro de la colección de HQÑ (HarperCollins Ibérica) Relatos para una noche, un relato con una sabrosa receta.

La colina del almendro (2019), una preciosa historia de amor y superación personal, ambientada en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Top Novel (HarperCollins).

En 2020, en pleno confinamiento, publicará primero **Brianda, una bruja en tiempos de la Inquisición**, que con nueva portada recoge las dos novelas de la bilogía del medallón y un relato contextualizado en el mismo, **Doce horas** (HQÑ) que narra medio día en la vida de un grupo de habitantes de ese Madrid asolado por el coronavirus.

En septiembre se publica de la mano de Top Novel (HarperCollins Ibérica) **Años de mentiras**, una novela ambientada en el mundo editorial.